

ven duque ofrecía, oponíanse al enlace otras razones de carácter político. La paz concertada en febrero de 1569 entre Dinamarca y Suecia rompióse ya en el mes de agosto, y como Magno pedía por dote de la novia nada menos que la Livonia transdúnica, Segismundo Augusto rechazó resueltamente la petición para no violar el armisticio recientemente firmado con Moscou.

Entonces Magno entabló negociaciones con Ivan el Terrible.

Moscou, en los últimos tiempos, había demostrado poca actividad en la guerra livonia: ocupado en las cuestiones interiores y presa Ivan constantemente del temor de una traición, había concebido el proyecto de extender indirectamente la soberanía rusa sobre Livonia por medio de un príncipe alemán, á quien se la cedería en feudo.

Ya en 1564 había hecho en este sentido una proposición al anciano maestro Furstenberg, pero habiendo éste desechado la oferta y fallecido en la siguiente primavera, esta perspectiva se desvaneció y el plan quedó en suspenso durante algún tiempo, hasta que Ivan creyó haber encontrado en dos nobles livonios, Taube y Kruse, que después de larga y dura cárcel habían entrado al servicio del czar, los instrumentos á propósito para conseguir el mismo fin por distintos medios. Estos dos personajes explotaron la desesperación del desdichado país, que á pesar de sus nuevos patronos seguía igualmente oprimido y amenazado de los mismos peligros que antes, para constituir un partido favorable al czar y en efecto consiguieron ganar terreno en la archidiócesis de Riga, que era la que más sufría bajo la opresión de los presidentes lituanos. A principios de 1569 estaban en negociaciones con los caballeros de la archidiócesis y al propio tiempo mantenían tratos, no bastante claramente explicados todavía, con el duque de Prusia. Fracasado este plan por causas que ignoramos, propuso el czar la corona livonia primero al duque Gotardo Kettler, que no la aceptó, y luego al duque Magno, esperando de este modo conseguir, cuando hubiese un rey livonio en Riga, la sublevación de Reval y después la del resto de Livonia. Durante la cuaresma de 1569, Taube celebró con este objeto varias conferencias con los revalenses. Respecto de Suecia no había que guardar con ella la menor consideración, pues desde que el loco Erico XIV había sido destronado y reemplazado en el trono sueco por Juan III, Ivan se creyó completamente desligado del tratado de paz en virtud del cual había cedido á Suecia la Estonia. En todos estos sucesos desempeñó un papel importante una circunstancia de carácter puramente personal. El rey Juan estaba casado desde 1562 con Catalina, la hermana de Segismundo Augusto, y el czar había pedido á Erico XIV la entrega de Catalina para casarse con ella: es mas, Catalina le había sido formalmente prometida, lo cual aunque parezca increíble, está plenamente probado. La catástrofe de que fué víctima el rey sueco evitó que el crimen se consumara. De aquí que Ivan viera en el nuevo monarca no solo un enemigo personal sino el aliado natural de Polonia.

Cuando Reval se mostró resuelta á perseverar unida á Suecia, el czar cerró definitivamente sus negociaciones con el duque Magno.

Debe hacerse notar que todos estos vastos planes coincidían con el período en que la tiranía de Ivan llegaba á su mayor grado. Pocas semanas después de las depredaciones de Nowgorod entró en Moscou el duque Magno, á quien el czar recibió con la mayor cordialidad y con toda la pompa que tanto le gustaba desplegar, proclamándole rey de Livonia y desposándole con Eufemia, la hija del desdichado Wladimiro Andreyewitz.

El documento que sancionó el tratado entre el nuevo rey

y el czar comenzaba con un acto de gracia, cual era permitir el regreso á Dorpat á todos los habitantes de esta ciudad que años antes habían sido conducidos á Rusia. Disponíase luego que Magno jurara fidelidad al czar y que en el caso de que éste saliese á campaña personalmente, le facilitaría un contingente de 1,500 jinetes y de otros tantos infantes; si el czar no tomaba en persona parte en la expedición, Magno quedaba relevado de todo compromiso. El czar debería pagar de su peculio las tropas que el rey de Livonia pusiera á su disposición. Si Magno iba solo á la guerra, debía ir delante de los vaivodas rusos y si en caso de guerra quería abstenerse de tomar parte en ella, estaba obligado á pagar tres thalers por cada jinete y uno y medio por cada infante de los que le correspondía aportar á la lucha.

La Confesion de Augsburgo quedaba garantizada al rey, á sus sucesores y á todos los livonios.

Las ciudades livonias podían comerciar libremente con Rusia, pero debían dejar libre paso á los extranjeros.

Si Riga, Reval ó algunas otras ciudades no querían reconocer al rey, el czar las obligaría á prestarle obediencia.

Finalmente, y este es el punto más raro de aquel tratado, los livonios podían, á la muerte de Magno, elegir libremente su rey.

Así Magno como el czar creían que con este tratado sería posible la aceptación por parte de los livonios de un rey, que lo sería por la gracia de Moscou. El tratado estaba hecho principalmente contra Suecia, porque con Lituania existía un armisticio y precisamente entonces los sucesos que se desarrollaban entre Polonia y Lituania, de los cuales hemos ya hablado, ofrecían al czar probabilidades de éxito en su empresa que le era imposible desperdiciar.

En la primavera de aquel sangriento año habíanse presentado en Moscou algunos embajadores de Polonia presididos por Jan Krotzszewski y Nicolás Talwosz, para firmar una paz por largo plazo. Cuando las acostumbradas discusiones sobre las respectivas fronteras parecían imposibilitar toda inteligencia, solicitaron aquellos del czar una audiencia (1), y declararon á Ivan que podía firmar la paz, porque con ella obtendría grandes ventajas; y habiendo él insistido en sus preguntas, le contestaron: «El Senado de la corona de Polonia y el del gran ducado de Lituania han deliberado juntos acerca de la falta de hijos del rey y para el día en que Dios le llame á sí, creen ambos Senados que no sería conveniente buscar monarca en países musulmanes ó en otros; quieren libre y espontáneamente un soberano de estirpe eslava y se inclinan á tí, gran czar, y á tu descendencia.»

A lo cual Ivan contestó: «Ya han llegado hasta nosotros algunos rumores sobre este particular. Gracias á la misericordia de Dios y á las oraciones de nuestros antepasados, nuestro reino es ya bastante grande: ¿para qué, pues, queríamos el vuestro? Si sois vosotros los que nos queréis á nosotros, será conveniente que en vez de encolerizarnos hagais lo que os haremos decir por nuestros boyardos.» Después de esto pronunció un largo discurso que en los libros rusos de la embajada no ocupa menos de 44 páginas y que iba dirigido á demostrar que toda la culpa de las disensiones ruso-polacas correspondía al rey de Polonia y á sus antepasados.

Esto no obstante, firmóse un armisticio por tres años, durante los cuales se negociaría la paz definitiva.

Ivan envió al propio tiempo una embajada á Segismundo Augusto con instrucciones en extremo características que se han conservado y en virtud de las cuales si se les preguntaba

(1) Véase Solowieff, tomo VII, pág. 237, en donde están reproducidos, parte literalmente, parte en extracto, los libros inéditos de la embajada.

por el motivo de las últimas matanzas, los embajadores debían mostrarse sorprendidos de que en Polonia se tuviera noticia de ellas y decir que el czar se había limitado á castigar á los traidores y que por causa de Lituania había enojado á los nowgorodes y á los pskofitas. Y luego añadían aquellas instrucciones:

«Si muere el rey y se elige un monarca de algún otro país, no se ratificará con él el armisticio sino que tendrá que enviar embajadores á Moscou; pero si la elección recae en un Pan (noble), nuestros embajadores no han de ir á la corte y si á ello se le obliga, no han de hacer ningun saludo ni evacuar su embajada, sino decir simplemente: «Este es nuestro hermano y á él no hemos sido enviados.»

Cuando llegaron á su destino, los embajadores noticiaron «que se daba como perdida Wilna y que todo el mundo abandonaba la ciudad, estando de acuerdo los dos Senados en querer por rey al czar ó al czarewitz, pues no querían nada con los turcos y por lo que hacía al emperador, creían que no tenían en él ningun apoyo. El rey hubiera deseado que su sucesor hubiese sido su sobrino de Hungría, pero este príncipe había fallecido. En Varsovia se decía que nadie mas que el moscovita debía ser el rey y la nobleza preparaba trajes á la usanza moscovita, siendo muchos los que ya los vestían. En el tesoro de la reina reuníanse piedras preciosas y telas del gusto de Moscou y la reina estaba bien dispuesta para con el czar.»

En esto había, sin embargo, alguna exageración. Ivan concedía entonces grande importancia á la ejecución de sus planes livonios y por lo mismo contestó con excusas á los polacos, teniendo por circunstancia muy ventajosa el hecho de que estos no quisieran indisponerse con él y considerando que su intervención sería más firme si poseía la Livonia sueca. Todo tendía, pues, á una solución definitiva de gran trascendencia. Si Magno conseguía sentar su planta en Livonia sobre bases sólidas y asegurar á su monarquía vasallos y territorio, Ivan lograba ver realizado su propósito inmediato y sus partidarios lituanos y polacos podían con alguna probabilidad de éxito proponer su candidatura en el momento en que vacara el trono de Polonia.

Como se ve, tratábase de resolver sobre el porvenir de toda la Europa oriental cuando en el verano de 1570 el rey Magno al frente de las tropas rusas considerablemente engrosadas por el contingente de los livonios, engañados ó desmoralizados políticamente por las necesidades de aquellos tiempos, avanzó para apoderarse en primer término de Reval, baluarte y centro del poderío sueco en los antiguos territorios de la órden.

Pocos meses antes de que se presentara cerca de Reval (1) el ejército magnista — que así se le denominaba — un jefe de lansquenets livonio que estaba al servicio de Suecia, Claus Kursel, se apoderó por medio de un golpe de mano, probablemente concebido por Taube y Kruse, del castillo de aquella ciudad, la llamada Catedral, haciendo prisionero al comandante sueco Gabriel Christiensen, con el propósito de pasarse á las filas del rey Magno y de entregar á éste, cuando se presentara al frente de su ejército ruso, el castillo y la ciudad. Por fortuna una rebelión de la soldadesca arrebató en 24 de marzo el castillo á los traidores, y cuando el día 21 de agosto de 1570 se presentó el rey Magno á las puertas de Reval, encontró á la ciudad resueltamente decidida á de-

(1) Los documentos que constituyen el material necesario para la historia del sitio de Reval han sido reunidos en dos trabajos por G. de Hansen en los «Apéndices á las noticias relativas á Estonia, Livonia y Curlandia», tomo III, cuaderno 3, Reval, 1886. Véanse también mis «Testas características y cuadros de costumbres de la historia báltica del siglo décimosexto,» Mitau, 1877.

fenderse hasta el último trance. Ni los 25,000 rusos que Magno llevaba de Moscou ni los seudo cortesanos que se le habían unido pudieron apoderarse de la ciudad; tampoco obtuvieron mejor éxito la artillería de sitio que se sacó de Narva ni los 5,000 opritschnikes que el czar envió á fines de otoño. Los valerosos revalenses y los escasos hombres de la guarnición, á pesar de no haber recibido los auxilios que Suecia les había prometido, rechazaron los ataques de los rusos y con sus frecuentes salidas comenzaron á hostilizar de tal suerte al enemigo, que la situación de éste se hizo en extremo crítica. Sin embargo, todavía era dudoso que la ciudad pudiera defenderse mucho tiempo: Polonia, el emperador y las ciudades wéndicas, cuyo auxilio había implorado Reval, no contestaban más que con palabras de consuelo. En tanto los rusos, que en 12 de enero habían recibido nuevos refuerzos, empezaron con gran energía el bombardeo; pero los ciudadanos de Reval no desfallecían y militares, paisanos, criados y jóvenes iban á la lucha como pudieran haber ido á un baile. Cuando Magno lograba con grandes esfuerzos construir un fortín ó un reducto, estas obras eran tomadas ó destruidas por los sitiados durante la noche. Asimismo fracasaba toda tentativa de apoderarse de Reval por medio de la persuasión, pues si bien los revalenses recibieron y escucharon al «bien aleccionado» predicador del rey Magno, Cristian Schrapfer, «despidieron con miramientos,» según dice la memoria. Los de Reval confiaban en poder mantener al enemigo lejos de las torres y de las puertas aun sin auxilio extranjero, y esta esperanza creció cuando estalló en el campamento de los sitiados una peste maligna y se dejó sentir en él una gran escasez de víveres á consecuencia de las depredaciones por ellos mismos cometidas en los alrededores. Creíase, pues, que no tardarían los sitiadores en verse obligados á levantar el sitio.

Acerca de la última tentativa de los rusos escribe en 14 de marzo un secretario del consejo revalense: «El enemigo intentó atacarnos con todas sus fuerzas, y por mucho tiempo lanzó día y noche sobre la ciudad con sus toscos cañones proyectiles incendiarios y explosivos; construyó un gran fortín, situóse á lo largo de la orilla del mar, emplazó un fuerte más cerca de la ciudad detrás de los jardines de rosas, abrió trincheras y empezó á construir detrás del horno de cal un reducto. Tolerar todo esto nos era imposible, así es que viendo que con nuestra artillería, que no descansaba de día ni de noche, no podíamos impedir las obras de fortificación del enemigo, caímos sobre él con todas nuestras fuerzas el día 3 de marzo, después de invocar á la Santísima Trinidad, y le arrojamos del fortín más cercano quemándole el reducto y los cestones. El mismo día y el 5 de marzo hubo reñidas escaramuzas, de modo que el enemigo, con la ayuda de Dios, se vió en situación muy apurada y á la noche siguiente sacó de la aldea de los pescadores toda su artillería pesada. También se retiró del cercado, y no se dejó ver más por allí. El puerto vuelve á estar libre y el tráfico puede hacerse ya sin peligro alguno...»

El día 16 de marzo, es decir, después de treinta semanas de sitio, el rey Magno puso fuego á su campamento y desesperanzado de obtener algun éxito, emprendió la retirada cuando despuntaba el día, dirigiéndose los rusos á Narva, los alemanes á Meisenstein y el monarca á Oberpahlen. Su monarquía había fracasado delante de los muros de Reval y con ella los planes de Ivan habían venido al suelo. Varios de los livonios que se habían unido á Magno se separaron de él, y algunos, entre ellos Taube y Kruse, después de haber intentado inútilmente arrebatarse á los rusos á Dorpat, huyeron á la Livonia polaca, donde fueron cordialmente acogidos.

Taube y Kruse, que pretendían conocer á fondo los planes políticos de Ivan, alcanzaron muy pronto gran consideración y una posición elevada en la corte de Segismundo Augusto, el cual les perdonó el papel mas que ambiguo que habían representado y los utilizó para negocios importantísimos. En cambio los livonios alemanes solo con repugnancia los toleraron.

Ivan, atemorizado é indignado por la traición de estos dos hombres, procuró en vano atraerles á su lado: demasiado sabían ellos la suerte que les esperaba si tal hacían, y Segismundo Augusto, á quien el czar prometió dar la libertad á todos los prisioneros livonios á cambio de la entrega de aquellos dos hombres, rechazó naturalmente la proposición, en vista de lo cual — si no son exageradas las noticias que sobre este punto tenemos — el moscovita mandó dar muerte á algunos miles de prisioneros que de lo contrario hubieran podido ser rescatados.

Ivan se mostró bondadoso para con Magno, tranquilizando á este rey vasallo que temía sus iras por el fracaso sufrido y ofreciéndole, ya que entretanto había muerto Eufemia, la mano de su hermana menor, María. El czar estaba intranquilo y temeroso y volvió á pensar en su antiguo plan de refugiarse en caso de gran apuro en la corte de su amiga, la reina de Inglaterra. Por otra parte los tártaros y los turcos le inspiraban vivísimo cuidado: Crimea no había reconocido su título de czar y solo á fuerza de sobornos y de presentes podía Ivan conservar una paz insegura, aumentando su inquietud cuando supo que Soliman se proponía reconquistar á Kasan y Astrakan. En la primavera de 1569 el sultan envió á un bajá con 17,000 hombres con el encargo de unir el Volga y el Don por medio de un canal y apoderarse luego de Astrakan: 50,000 tártaros debían unirse á los turcos. Dióse en efecto comienzo á las obras de unión de los dos rios, pero afortunadamente para Moscú, los orientales no pudieron vencer las dificultades técnicas que su empresa presentaba. Llegó el invierno y el bajá, á pesar de haberse amotinado sus tropas, prosiguió su marcha hácia Astrakan. Esta ciudad pudo salvarse del peligro que la amenazaba por una feliz casualidad, cual fué el falso rumor de que se aproximaba un ejército ruso, rumor que movió á los turcos á emprender la retirada. Ignórase si esto fué debido á alguna intriga de los tártaros, pero es lo cierto que el khan de Crimea hizo valer ante los ojos del czar como un mérito suyo la retirada de los turcos. En realidad no les convenía mucho á los de Crimea tener á los otomanos por vecinos en las estepas orientales, pues con ello se habrían visto necesariamente sometidos á la dependencia de Turquía.

Los turcos, sin embargo, no renunciaron al plan que tenían tan bien preparado; así es que cuando á la muerte de Soliman, Ivan envió una embajada á Constantinopla para felicitar al nuevo sultan Selim, este contestó á las felicitaciones de los embajadores diciéndoles que «era preciso que le entregaran á Kasan y Astrakan.» En Moscú temíase ver de un momento á otro renovada la guerra y en medio de la excitación y del miedo transcurrió el año de 1570, sin que nada importante se hiciera para la defensa del territorio. Cuando en la primavera de 1571 fué tomando cuerpo el rumor de que el enemigo se disponía al ataque, el czar envió á sus vaivodas al Oka con 50,000 hombres, mientras él con la Opritschnina estableció su campamento en Serpujoff.

Esta vez el enemigo se presentó realmente, pero no eran los turcos los que avanzaban contra los rusos, sino los tártaros en número de 120,000 hombres mandados por Dewlet-Girei. El khan esperaba que después del espanto que la destrucción de Nowgorod y las ejecuciones de Moscú habían producido, no encontraría una enérgica resistencia, y en

efecto, no faltaron personas que se afanaran por allanar el camino, no por simpatía á la persona de Dewlet-Girei, sino por el deseo de vengarse del czar. Guiado por los traidores consiguió el khan atravesar el Oka, con lo cual quedaron cortadas las comunicaciones entre el czar y el grueso de su ejército, y mientras los tártaros se dirigían á marchas forzadas sobre Moscú, Ivan con su Opritschnina huía por Bronniza y Alejandrowa hácia Rostow, y los príncipes Bjelski, Mstislawski, Worotinsky y Schuisky se encaminaban precipitadamente con 50,000 hombres á la capital moscovita para defender la ciudad y sus templos. No obstante, no se trabó ningun combate entre los rusos y los tártaros: estos habían llegado el día 24 de mayo á Moscú y conseguido incendiar los arrabales, cuyas llamas avivadas por un fuerte viento envolvieron muy pronto á la ciudad entera, que fué reducida á ruinas, quedando únicamente en pie el Kremlin, que estaba construido de piedra. El número de los que perecieron en el incendio fué espantoso, suponiendo algunas memorias extranjeras que se elevó á 800,000: sacerdotes, boyardos, mercaderes, soldados y toda la gente de condición ínfima que huyendo de los tártaros se había refugiado en Moscú, todos sucumbieron en aquella catástrofe indescriptible. En presencia de aquel mar de fuego que ante ellos se extendía no les quedó á los tártaros mas recurso que retirarse sin intentar siquiera poner sitio al Kremlin, pero no sin llevarse consigo 150,000 prisioneros, con los cuales entraron en Crimea: los mercados de esclavos de Oriente se vieron nuevamente atestados de mercancía rusa.

Cuando Ivan nada tuvo ya que temer, regresó á Moscú. La carta que le dirigió Dewlet-Girei merece ser transcrita porque refleja gráficamente los sentimientos del que la escribía y retrataba fielmente la situación. «Quemo y devasto por causa de Kasan y de Astrakan — escribía el khan — y confiado en la omnipotencia de Dios reduzco á polvo todas las magnificencias del mundo. Me he dirigido contra tí; he incendiado tu ciudad y quise arrancarte la corona y la cabeza; tú, sin embargo, no has venido, no te has defendido, ¡y aun te jactas de ser el gossudar de Moscú! Si tuvieras vergüenza y fueras de noble estirpe, habrías salido á nuestro encuentro y te habrías defendido. Si con buen sentido quieres nuestra amistad, devuélvenos nuestros jurtes de Kasan y de Astrakan: todas las riquezas, todos los tesoros del mundo que puedas ofrecerme los desprecio, pero quiero poseer á Kasan y Astrakan. ¡Ahora he visto los caminos y los senderos de tu imperio y los conozco perfectamente!» Ivan contestó con una carta humilde mostrándose dispuesto á entregar á Astrakan, pero en realidad trabajaba por evitar la cesión. Los tártaros, que resultaban terribles cuando no encontraban fuerte resistencia á sus repentinos ataques, no tenían fuerzas suficientes para realizar sus propósitos, que, como la reconquista de Kasan y de Astrakan, de ser realizada hubieran hecho retroceder en un siglo el desenvolvimiento político de Rusia. Las casas de madera de Moscú volvieron á surgir de entre los escombros del incendio; Ivan dilató hábilmente el cumplimiento de sus promesas y cuando en 1572 los tártaros repitieron sus ataques, el príncipe Ivan Mikolowitz Worotynsky y el livonio Jorge Farensbach les derrotaron tan completamente en el Oka que por mucho tiempo quedó conjurado todo peligro de su parte. Ivan, como era natural, no quiso oír hablar ya mas de la cesión de Astrakan y Dewlet-Girei tuvo que abandonar sus pretensiones.

Así estaban las cosas cuando la muerte de Segismundo Augusto enardeció la cuestión de la sucesión al trono de Polonia: en la gran solución definitiva que se presentaba tomaron parte muy activa todos los factores políticos del Oriente de Europa.

CAPITULO VIII

LA CRISIS DE POLONIA (I)

El día 7 de julio de 1572 ocurrió el acontecimiento por tanto tiempo esperado: el rey Segismundo Augusto, último Jaguillon, falleció en territorio lituano, en Knyschin, hoy

gobierno de Grodno, sin dejar disposición alguna respecto de su sucesión en los reinos unidos de Lituania y de Polonia. La ficción de derecho público según la cual Polonia era una monarquía electiva, la esperanza alentada hasta lo último de tener un heredero en un nuevo matrimonio, y finalmente la repugnancia á tomar acuerdos que no pudiera revocar, habían hecho olvidar á Segismundo Augusto la inmensa

Sarmacia Asié.



Facsimile de la *Cosmografía* de Sebastian Munster (1550).

responsabilidad que sobre sí atraía con su indecisión. El monarca polaco había fluctuado durante toda su vida entre las corrientes opuestas que dividían entonces la Polonia en partidos hostiles, y aunque era mas lituano que polaco, había

entregado á su patria atada de piés y manos á la Szlachta polaca y á la contra-reforma que se iniciaba y nada había hecho para indicar la norma de conducta que había de seguirse en las inminentes luchas electorales. Un hecho que caracteriza el estado de cosas que había de sobrevenir era la situación del tesoro real, el cual, según se decía, no contaba con recursos ni siquiera para enterrar al rey. Por otra parte no existían disposiciones legales que determinaran la forma en que debía hacerse la elección del nuevo rey, ni se sabía quién había de encargarse del gobierno durante el interregno. No

(1) Véase Tratschewsky: «El interregno polaco,» Moscú, 1869; Solowiewff: *Historia de Rusia*, tomo VI; Noailles: *Henry de Valois et la Pologne en 1572*, 2.^a edición, París, 1878; Schukowitz, obra citada; Bestuschew, Rjumin; Reimann: «La elección de rey en Polonia en 1573,» en la *Revista histórica* de Sybel, y «Lucha de Roma contra la libertad religiosa en Polonia, en 1573 y 1574.»